

EL CONQUISTADOR ANONIMO

Se ignora quien pudo haber sido el autor de una *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la Gran Ciudad de Tenustitán, México, hecha por un gentilhomme del Señor Fernando Cortés*. Algunos pensaron en Francisco de Terrazas, otros en Alonso de Ulloa. Quien primero la publicó fue Gianbattista Ramusio en *Della navigazione et viaggi...* volumen III, Venecia, 1556. Posteriormente lo editó Henri Ternaux Compans en sus *Voyages, relations et memoires originaux pour servir a l'histoire de la decouverte de l'Amerique...* París, 1837-41, X-49-105.

A Clavijero se le señala como el autor del nombre de "el conquistador anónimo", nombre que ha llegado hasta el día. García Icazbalceta la publicó en su *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de México*, 1858, I-569-598 y a partir de ahí se han hecho varias ediciones, entre otras la debida a Edmundo O'Gorman y Justino Fernández en su célebre colección Alcanía.

Otro estudio acerca de él es el de Federico Gómez de Orozco, "El conquistador anónimo" en *Historia Mexicana*, México, 1953, No. II, p. 401-411, a quien se debe la advertencia preliminar de la edición más reciente, México, José Porrúa e hijos, 1961, 131-1 p. ils. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana. Primera serie. La Conquista V).

Fuente: El Conquistador Anónimo. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran Ciudad de Temestitán, México, hecha por un gentilhomme del señor Fernando Cortés*. México, José Porrúa e Hijos, Sucs., 1961. 133 p. facs. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana. Primera Serie, La Conquista V), p. 41-47.

LA MILICIA AZTECA

La gente de esta provincia tiene buena disposición, más bien alta que baja; son todos de color trigueño, como pardos, de buenas facciones y gestos; son en su mayor parte muy diestros, gallardos e infatigables y, por otra parte, es gente que se mantiene con poco alimento. Es gente muy belicosa y con la mayor resolución se disponen a morir. Solían tener grandes guerras y muchas diferencias entre sí y a todos aquellos que caían prisioneros en la guerra, o se los comían, o los hacían esclavos. Cuando los enemigos iban a poner sitio a

algún pueblo, si los asediados se rendían sin oponer resistencia o guerra quedaban solamente como vasallos de los vencedores, pero si eran tomados por la fuerza, quedaban todos como esclavos. Tienen su orden en la guerra, pues tienen sus capitanes generales y tienen sus capitanes particulares de cuatrocientos y de doscientos hombres; cada compañía tiene su alférez con su bandera en asta, de tal modo atada a la espalda que no le hace estorbo ninguno para combatir ni para hacer lo que quiera, y la lleva tan bien ligada al cuerpo que, si no hacen pedazos su cuerpo, no se la pueden desatar ni quitar en modo alguno. Tienen por costumbre gratificar y pagar muy bien a aquellos que sirven bien en la guerra y a los que se dan a conocer señaladamente con alguna hazaña, aunque sea entre ellos el más vil esclavo lo hacen capitán y señor y le dan vasallos y lo estiman, de tal modo que, por dondequiera que va lo sirven y le tienen tal respeto y reverencia como al propio señor, y a esa persona que se ha distinguido le hacen una señal en los cabellos para que sea conocido por la hazaña que hizo y todos lo adviertan claramente, porque no acostumbran llevar gorros, y cada vez que hace alguna acción notable le ponen, en testimonio de su valor, otra señal semejante y los señores le conceden siempre otras gracias.

De las armas ofensivas y defensivas que tienen

Las armas defensivas que llevan a la guerra son ciertos sayetes a guisa de jubones, de algodón acolchado, tan grueso como un dedo y medio y a veces de dos dedos, que vienen a ser muy fuertes, y sobre ellos llevan otros jubones y calzas, todos de una pieza, que se atan por la parte de atrás y son de una tela gruesa, y el jubón y las calzas están cubiertos por encima con plumas de diversos colores que resultan muy galanas y una compañía de soldados las llevan blancas y rojas y otros azules y amarillas y otros de diversas maneras. Los señores llevan encima ciertos sayetes como sacos, que entre nosotros se usan de malla, pero allá son de oro o de plata sobredorada, y el vestido que llevan de pluma es de fuerza proporcionada a sus armas, para que no entren flechas ni dardos, antes bien los rechazan sin recibir herida, ni aún las espadas pueden atravesarlos: llevan en la cabeza, por defensa, unas cosas como cabezas de serpiente, o de tigres, o de leones, o de lobos, con sus quijadas, y la cabeza del hombre

queda metida en la cabeza del animal, como si [éste] lo quisiera devorar; son de madera y sobre ellas van plumas y planchas de oro, cubiertas de piedras preciosas, que es cosa maravillosa de ver. Llevan rodela de diversas maneras, hechas de buenas cañas macizas, que son en aquel país tejidas con algodón grueso doble y encima ponen plumas y planchuelas redondas de oro y son tan fuertes que, si no es una buena ballesta no les pasa; sin embargo, hay algunas que las pasan, mas las flechas no les hacen daño; y por acá en España se han visto algunas de esas rodela, digo que no son de las que llevan a la guerra, sino de las que llevan en sus fiestas y bailes que acostumbran hacer. Las armas ofensivas son arcos y flechas y dardos, que tiran con una ballesta hecha de otro leño, los hierros que tienen en la punta son o de piedra dura o de un hueso de pescado que es muy fuerte y agudo. Algunos dardos tienen tres puntas, con las cuales hacen tres heridas; también en una maza insertan tres puntas de varilla con sus hierros de la manera antes dicha y así de un golpe producen tres heridas de una lanzada. Tienen espadas que son de esta manera: hacen una espada de madera como montante, aun cuando no es tan larga la empuñadura, pero de tres dedos de ancha y en la hoja de ella le dejan ciertas canaladuras en las cuales encajan unas navajas de piedra dura que cortan como una navaja de Tolosa. Yo vi un día que, luchando, dio un indio una cortada a un caballo en el pecho, sobre el cual iba un caballero con el que combatía, que se lo abrió hasta el interior y cayó muerto al punto; y el mismo día vi que otro indio dio una cuchillada a otro caballo en el cuello que lo tendió muerto a sus pies. Tienen hondas con las cuales tiran muy lejos y muchos, o la mayor parte de ellos, llevan toda esta suerte de armas con las que combaten, y es una de las cosas más bellas del mundo verlos en la guerra con sus escuadrones, porque van maravillosamente en orden y muy galanes y parecen tan bien que no hay más que ver. Hay entre ellos hombres valientísimos y que se atreven a morir absolutamente resueltos. Yo he visto a uno de ellos defenderse valerosamente de dos caballos ligeros, y a otro de tres y cuatro, y no pudiendo [los españoles] matarlo, uno de ellos, por desesperación, le lanzó la lanza, y éste, antes que le alcanzara, la cogió en el aire y combatió con ella más de una hora hasta que se acercaron dos peones que lo hirieron de dos o tres flechazos; volvióse contra uno de ellos, pero el otro de los peones lo abrazó por detrás y le dio de puñaladas. Al tiempo

que combaten cantan y bailan y a veces dan los más fieros gritos y silbidos del mundo, especialmente si conocen que llevan ventaja; es cosa cierta que, para aquellos que no los han visto combatir, ponen gran terror con sus gritos y [su] bravura. Es la gente más cruel que puede encontrarse en la guerra, porque no perdonan ni a hermano ni a pariente ni a amigo y les quitan la vida aun cuando sean mujeres hermosas, que a todos matan y se los comen; cuando no pueden llevarse el botín y los despojos del enemigo lo queman todo. Sólo a los señores no era lícito matarlos, pero se los llevan prisioneros bajo buena custodia y después, preparada una fiesta, en medio de la plaza de la ciudad, había ciertos circuitos amurallados de cal y piedras macizas, tan altos como estatura y media de un hombre, y ascendían a ellos por gradas y arriba había una plazoleta redonda, como juego de tejo, y en medio de esa plazoleta había asentada una piedra redonda, con un agujero en medio, allí subía el señor prisionero y lo amarraban con una cuerda larga y delgada del tobillo y le daban una espada y una rodela, y así venía a combatir con él aquél que lo había aprisionado y si éste que lo había aprisionado tornaba de nuevo a vencerlo, era tenido por hombre valerosísimo y le ponían una señal por la valiente prueba que había dado y el señor le concedía una gracia; si el señor prisionero lo vencía a él y a otros seis, de manera que fuesen en número de siete, lo daban en libertad y se obligaban a restituirlo todo lo que le habían quitado en la guerra. Y sucedió que combatiendo un día los de un señorío llamado Huecicingo con los de otra ciudad llamada Tula, el señor de Tula se metió tanto entre los enemigos que se perdió de los suyos y aunque hizo cosas maravillosas con sus armas, cargaron tanto los enemigos sobre él que lo hicieron prisionero y lo condujeron a su ciudad, e hicieron, según su costumbre, su fiesta, poniéndolo en el circuito, y vinieron a combatir contra él siete hombres, a los cuales mató uno por uno, estando amarrado según la costumbre. Visto esto por los de Huecicingo pensaron que si lo soltaban, siendo tan valiente guerrero y de gran ánimo, no descansarían hasta tanto que los hubiese destruido, por lo que se resolvieron a matarlo, y así lo hicieron, de cuyo hecho les quedó [una nota de] infamia grande de traidores y desleales, por haber quebrantado la ley y costumbre contra aquel señor y por no haber observado con él todo lo que se solía observar con los que eran señores.